

---

---

**CANTO NOVENO.**

---



ALVE gloria inmortal! Bajo tus alas  
Con tu esplendor cubierta la victoria,  
Sobre la invicta Zaragoza ensalza  
Con cánticos triunfales la grandeza  
Del pueblo libre, que luchando sigue  
Conquistando coronas inmortales.

Hijos de Hidalgo y Zaragoza invictos,  
Ceñid esos laureles que la patria  
Al derramar sus lágrimas gloriosas  
En vuestras sienes con orgullo pone.  
Héroes de Santa Inés, terror del galo,  
Vuestro nombre inmortal con letras de oro  
Ha grabado la historia victoriosa,  
En tanto que la fama vocinglera  
Por los inmensos ámbitos del mundo  
Proclama vuestra gloria inmarcesible.  
Al escucharla temblarán los tronos  
Y del mundo los déspotas imbéciles  
A su pesar doblando las rodillas  
Sus cetros depondrán, y sus coronas,

A las augustas plantas de la virgen  
 Grandiosa libertad, que sólo puede  
 Producir tan magníficos prodigios!  
 "Seis horas bastan," el iluso altivo  
 En su delirio estúpido decía,  
 "Para abatir de Puebla las murallas:  
 "En seis horas veremos desbandarse  
 "De México los grandes batallones:  
 "Seis horas nos darán victoria espléndida."

Esto Forey decía con orgullo  
 Al presentarse al frente de los hijos  
 Del invicto y heroico Zaragoza!  
 Y de Paris el pérfido asesino,  
 Y del pequeño rey el confidente,  
 Más de quinientas horas ha sentido  
 Rodar sobre su frente, y todavía  
 Apenas ve de Puebla las almenas.....!  
 Y á cada paso que medir pretende,  
 Escombros y terror y muerte encuentra.....!

¡Imbécil! Ha mirado á nuestras plantas  
 Morder la tierra á los valientes zuavos  
 Que espantaron de Europa á las naciones!  
 La gloria ha coronado nuestras sienes,  
 Cien y cien veces. Las gloriosas ruinas  
 De San Javier, á la futura gente  
 Le enseñarán en sus sagradas piedras  
 Que ha mojado la sangre de mil mártires.  
 De Santa Inés, los muros, el impulso  
 Del galo resistieron, y con gloria  
 Las legiones de México triunfaron.  
 Los verdes campos cuyo esmalte puro  
 Reflejaba del sol los resplandores,  
 Con la sangre empaparon su verdura.

Los zuavos batallones, los valientes  
 Hijos de Argel, los aguerridos hijos  
 De las Galias, del César diminuto,  
 Del gran parodiador de emperadores,  
 En sangre tintos y arrojando espuma,  
 Quedáronse tendidos por doquiera,  
 Aquí y allí sobre la verde grama.

Cien prisioneros, y otros cien, su acero  
 Rindieron á los pies del mexicano,  
 Que, generoso, á los heridos presta  
 Auxilio, entre su bélico entusiasmo.  
 El vencedor del pérfido extranjero  
 Doquier recibe triunfador saludo,  
 Y risueño, y alegre y entusiasta  
 Ni el fragor de las bombas le amedrenta  
 Ni de orgullo le llena la victoria;  
 Y así entre regocijos belicosos  
 La tarde llena de episodios pasa,  
 Y se adelanta rápida la noche  
 Entre la duda y la esperanza, ansiando  
 Todos ver de aquel triunfo el desenlace.

Pasó la noche del brillante día  
 En que ciñera el triunfo nuestra frente  
 En vigilancia activa y previsor,  
 Y el nuevo día amaneció brillante,  
 Tranquilo al parecer, por el espanto  
 Que aun llenaba á los héroes de Crimea.

De tiempo en tiempo sólo se perciben  
 Los ecos del cañón y de las bombas,  
 Que lentamente á la ciudad envían.  
 Mas ya la gloria con su bellos laurós

Había coronado á los guerreros  
 Aquí y allí de Puebla en las murallas.  
 Se distinguieron con heroico brío,  
 De México los ínclitos guerreros,  
 Pinzón y sus soldados aguerridos,  
 Esos hijos del Sur, de tez quemada,  
 Probaron ya á los fieros invasores,  
 Que hijos son de Morelos y Guerrero,  
 Y de Álvarez el grande, cuya enseña  
 Jamás se ha envilecido al despotismo,  
 Y siempre victoriosa ha proclamado  
 La soberana libertad del pueblo.

Allá lucharon con denuedo ardiente  
 Patoni con los hijos de Durango,  
 Y alcanzaron también grato renombre.  
 Acá con entusiasmo belicoso  
 Mostraron su guerrera bizarría  
 De Chihuahua los hijos que alcanzaron  
 Por su valor laureles inmortales;  
 Y los zacatecanos batallones  
 Doquier dejaron de su porte heroico  
 Una memoria para siempre ilustre,  
 Al llevarlos Ghilardi á la victoria  
 Morder haciendo el polvo á los franceses,  
 En tanto la victoria coronaba  
 Con diademas gloriosas á los héroes  
 Que en Santa Inés vencieron á las águilas  
 Que el sangriento Forey rindió espantado.

Treinta y seis horas pasan, sin que vuelva  
 El francés á arrojarse á las murallas  
 Que defienden los ínclitos soldados  
 De la heroica República de México.

Han brillado tres soles, y tan sólo  
 Se atreve con sus bombas espantosas  
 De tiempo en tiempo á recordar su rabia.  
 Y pasan otros soles y otras lunas  
 Y el invasor no ataca sorprendido,  
 En tanto que cien veces los valientes  
 Mexicanos le llaman al combate;  
 Pero el galo lo esquiva y doquier huye.  
 Más de quinientas horas han pasado  
 En terribles combates los valientes  
 Guerreros indomables del Anáhuac  
 Que defienden los muros invencibles  
 De la heroica ciudad de Zaragoza.

Más de quinientas horas los atletas  
 Potentes de la Europa, desde lejos  
 Han contemplado con temor cobarde  
 Los muros, las almenas y las torres  
 De la ciudad soberbia que defiende  
 Palmo á palmo sus lares venerandos.  
 Y después de mil muertes sólo alcanzan,  
 Escombros y ruinas y cenizas;  
 Y pasa el mes de Abril de gloria lleno.  
 Del mes de Venus la postrera noche  
 A su mitad se acerca: silenciosa  
 Casi llena la luna caminaba  
 Por el zenit del cielo, lentamente.  
 Ni una nube cruzaba las alturas  
 Y el azul transparente de los cielos  
 Dejaba ver en sus etéreos campos  
 A las estrellas límpidas, brillantes,  
 Aun en medio á la luz de aquella luna  
 Que tan limpia alumbraba las campiñas,  
 Los montes y las torres de los templos  
 De la ciudad de Puebla que velaba.

La blanca nieve de las altas cumbres,  
De los volcanes cual cristal luciente  
Reflejaba la luz de aquella virgen  
Que en medio de los cielos se mecía.

En medio de esa calma, por los valles  
Se observa un misterioso movimiento.....  
Con paso lento por doquiera se miran,  
Los jefes en sus bélicos corceles  
Que al palacio sus pasos encaminan.  
Entretanto, Filopatro al palacio  
Se dirigió también y halló á los jefes  
Que ya reunidos en consejo estaban.  
Declinaba la luna al Occidente  
Cuando reunidos ya los generales  
Así les habla el entusiasta Ortega:

“Jefes ilustres de la patria mía,  
Cuarenta y cinco auroras han lucido  
Sobre de esta ciudad de Zaragoza,  
Y han sorprendido entre su niebla pura  
A los guerreros que el honor defienden,  
En medio del fragor de la batalla  
De combates heroicos; los guerreros  
A quien la patria su defensa entrega  
No desmienten su heroica bizaría.  
Podemos aun luchar: nuestro denuedo,  
Ha espantado á los bravos vencedores  
De cien batallas: las legiones galas  
Avanzan entre escombros y ruinas,  
Y ni un triunfo tan sólo han conseguido.  
Conocéis que mi empeño no desiste:  
Que quiero perecer en la demanda,  
Y en medio las minas sepultarme

De la invicta ciudad de Zaragoza,  
Antes que permitir que el extranjero  
Ultraje el pabellón de nuestras glorias;  
Pero quiero escuchar vuestros consejos:  
El pueblo de hambre y de miseria clama,  
Y aunque vosotros veis que le doy oro,  
Es inútil el oro cuando faltan  
Los elementos que mitigan l'hambre.  
El pérfido invasor ha desofdo  
La voz de las naciones amistosa,  
Que bajo sus banderas proponían  
Sacar al pueblo inerme de la plaza.  
Y no queriendo que se culpe al jefe  
La barbarie del galo enfurecido,  
Os anuncio otra vez, que yo primero  
Sucumbiré de Puebla en los escombros  
Antes que permitir que nos ultrajen  
Las fementidas águilas francesas.”  
Dijo y calló: y al punto resonaron  
En el salón mil vivas entusiastas.  
Todos los generales conmovidos,  
Como Ortega pensaban, mas algunos  
En puntos muy diversos discurrían;  
Berriozábal, tomando la palabra,  
Así con entusiasmo al punto dijo:

“Invicto general; jamás dudamos,  
Ni del valor ni la lealtad heroica  
Del jefe ilustre que vencer supiera  
En Peñuelas, Silao y Calpulámpam,  
Al nefando é imbécil fanatismo.  
Sus fatigas, su empeño á todos constan,  
Y como él nosotros aceptamos  
La suerte que la guerra nos depare;

Y prometemos por la ilustre México  
 Antes morir, pero con muerte heroica,  
 Primero que humillar nuestras banderas:  
 Antes hundirnos en las fuertes minas  
 De la soberbia Puebla, que uno solo  
 De nosotros se arredre en el peligro.  
 Pero si acaso del recinto un día  
 Salir queréis de la ciudad, que sea  
 Antes que los recursos agotemos,  
 Antes que la miseria nos agobie.”  
 Dijo: y Llave siguiendo las razones  
 De Berriozábal, la propuesta acepta.  
 Lamadrid y Pinzón piensan lo mismo,  
 E Hinojosa también, que proponiendo  
 Que la línea se rompa, prometía  
 Salir airoso del feliz proyecto.  
 Negrete, firme, lleno de entusiasmo,  
 Esa idea valiente secundaba,  
 El pensamiento de salir rompiendo  
 La línea sitiadora; y señalando  
 Los caminos que el mapa presentaba,  
 Recordaba felice la salida  
 De O’Horán y Carbajal y de Rivera,  
 Quienes sin daño y sin temor salieron.  
 Formulaba proyectos que acogían  
 Con entusiasmo algunos, entretanto  
 Otros con desconfianza discutían.  
 Ghilardi, lleno de valor heroico  
 También romper la línea aseguraba,  
 Pero Mendoza habló: “Señores, dijo,  
 Cuarenta y cinco días de combates  
 Han dado al mexicano la victoria,  
 La victoria moral: nuestros soldados  
 Vigorizados al mirar que ceden

Los sitiadores á su fuerte impulso,  
 Aumentan más su fe: si de improviso  
 Se anuncia una salida, languidece  
 Y teme, y vacilante hasta se abate,  
 Y hasta creará una intriga. El enemigo  
 Ha reforzado ya sus campamentos  
 Desde que O’Horán y Cuéllar y otros jefes  
 A salir se atrevieron de la plaza.  
 Estamos fuertemente circundados;  
 Y los auxilios que de fuera vengan,  
 Son débiles, remotos, pues la línea  
 Inmensa que comprende el enemigo,  
 Debilita el esfuerzo por doquiera .  
 Y más y más aísla nuestra plaza.  
 Mas si al contrario nuestro jefe piensa,  
 Si todos convenís en lo contrario,  
 Que se dicten las órdenes al punto  
 Y en esta noche rápidos salgamos,  
 La mañana se anuncia.” Hubo un momento  
 De silencio, y después, la mayoría  
 Esta opinión siguió. “Pues esperemos,  
 Dijo Ortega, tenemos elementos  
 Aun para la defensa vigorosa.  
 Confiemos sin cesar en que las huestes  
 De mexicanos, que por fuera observan  
 Al pérfido invasor, con entusiasmo  
 Nos darán los auxilios oportunos.  
 Volvámonos al campo, compañeros,  
 Que ya se anuncia la feliz mañana.....  
 Tal vez la nueva aurora que se acerca  
 Precursora será de nuevos triunfos:  
 Tal vez el sol de Mayo en sus recuerdos  
 Nos traerá lisonjeras esperanzas,  
 Y el francés espantado, recordando